

Cuarto Domingo de Cuaresma.

Al llegar a este cuarto domingo de cuaresma, el Evangelio de hoy (Luc. 15,11-32) nos sitúa ante la realidad de nuestro pecado y el misterio de la misericordia divina con nosotros.

El contexto del evangelio de Lucas nos ayuda a comprender mejor la enseñanza. Jesús está rodeado de gente injusta y mala (publicanos y pecadores), de personas que viven y actúan a diario el pecado y, por eso mismo, son odiados y rechazados por los demás. Pero Jesús está con ellos, les habla de Dios. Ante la crítica y el escándalo que su actitud produce, su respuesta es una enseñanza bellísima sobre la identidad de Dios, en las tres parábolas que llamamos “de la misericordia”. En tres ejemplos simples de la vida diaria, nos dice que nosotros somos como la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido; pero que Dios es un pastor bueno, una mamá preocupada por nosotros, un padre que está siempre abierto a la hora en que su hijo aparezca de nuevo y lo recupere para siempre.

El evangelio de hoy se queda en la tercera parábola. Hay muchas formas de leerla y asumirla. Hoy te propongo una lectura entre otras, con una doble mirada, a nosotros y a Dios Padre.

La mirada a nosotros, en primer lugar, la podemos hacer desde esta pregunta: ¿Qué he hecho con la vida que Dios me dio? En la cultura de la época, la vida humana (bios) y la herencia paterna (bios) se identifican. Por eso, cuando el hijo exige la herencia a su padre, le está quitando la vida, para poseerla y hacer lo que quiera con ella.

La Vida de Dios la hemos recibido en abundancia, pero ¿qué hemos hecho de ella? La hemos malgastado miserablemente, la hemos desaprovechado viviendo alocadamente, haciendo lo que nos da la gana, actuando sin límites, prostituyendo nuestra identidad. Y hemos llegado hasta el fondo de la miseria, volviéndonos esclavos de nosotros mismos y del pecado.

El Padre Dios, por su parte, sigue Vivo en su realidad, así nosotros lo hayamos querido matar. Está siempre en su casa, anhelando nuestro retorno, deseoso de acogernos con alegría y comernos a besos de ternura y de perdón. El Padre Dios nos mira desde lejos, nos presiona con su amor, nos espera con los brazos abiertos y nos tiene preparado el banquete del perdón y de la fiesta. Es un Padre comprensivo, que sabe de nuestro pecado y de nuestra injusticia, pero tiene claro que, ante todo, somos sus hijos amados.

Leída esta parábola en cuaresma, nos invita a tomar las actitudes de conversión del hijo pecador. Entrar hasta lo más hondo de nuestro corazón, asumir nuestra situación de pecado, y levantarnos para volver al Padre. Pero, una vez junto a él, reconocer públicamente nuestro pecado, abandonar la situación injusta en que vivimos, acudir a Dios con decisión y dejarnos perdonar por él, para comenzar una vida nueva y diferente en la Casa de Dios. Esa vida nueva está expresada con la simbología del vestido nuevo (vida organizada y pacífica), las sandalias nuevas (para entrar y salir en la casa del Padre y anunciar el evangelio de la gracia y el perdón), anillo nuevo (alianza restaurada con Dios) y banquete de fiesta (participación plena en la comunidad de Dios).

No dejemos para esta oportunidad de gracia cuaresmal y respondamos con alegría y decisión al Padre que nos espera para celebrar con su Hijo la Pascua de salvación.